

Educación y ciudadanía. Formar 'salesianamente' al ciudadano*

Education and citizenship. Training citizens 'salesianly'

PASCUAL CHÁVEZ VILLANUEVA

RECTOR MAYOR DE LOS SALESIANOS. DOCTOR EN TEOLOGÍA. ROMA

Resumen

Ante la fractura entre educación y sociedad actual, se reflexiona sobre cómo puede la escuela convertirse en promotora y creadora de ciudadanía responsable y, de este modo, encarar el desafío de definir su propio papel, tratando reconciliar el crecimiento económico, técnico y científico con el progreso en humanismo. Después de un recorrido histórico sobre la relación entre educación y civilización y el análisis de los rasgos más relevantes de la sociedad presente, se plantean y se ofrecen alternativas a cuestiones como estas: ¿Quién y cómo preparar a los hombres para ser más humanos? ¿Cómo integrar la educación en la cultura—tanto la propia como la universal— y la escuela en la educación en valores? ¿Qué pueden aportar en este concierto social la escuela católica y la escuela salesiana?

Palabras clave: educación, humanismo, ciudadanía responsable, educación y cultura, desafíos educativos, educación en valores, escuela salesiana, evangelización, pedagogía cristiana, pluralismo cultural.

Abstract

Given the gap between education and society today, we reflect on how school can promote and train responsible citizens and, consequently, face the challenge of defining their own role, trying to reconcile economic growth with the technical and scientific human progress. After a historical survey on the relationship between education and civilization and the analysis of the most remarkable features of today's society, we provide alternatives to such questions as: Who and how to prepare men to be more human? How to integrate education in culture—both their own and the universal—and school within values education? How can Catholic school and Salesian school contribute to it in this context?

Key words: education, humanism, responsible citizenship, education and culture, challenges in education, values education, school, Salesian, evangelism, Christian education, cultural pluralism.

* Conferencia pronunciada por D. Pascual Chavez, Rector Mayor de los Salesianos, el día 5 de Octubre, con motivo de la apertura del Curso Académico 2009/2010.

Drama de la humanidad de hoy es la fractura entre educación y sociedad, que se intensifica en la divergencia siempre creciente entre escuela y ciudadanía. Permitidme que empiece esta intervención parafraseando una célebre frase de Paulo VI (*EN*, 20), porque me permite plantear de manera apropiada un grave problema de hoy respecto de la educación y plantear una solución adecuada mediante la integración de la educación en la cultura –tanto la propia como la universal– y de la escuela en la educación a los valores. Sólo así la escuela podrá convertirse en promotora y creadora de ciudadanía responsable.

1. EDUCACIÓN Y CIVILIZACIÓN

Ninguna sociedad puede subsistir sin una forma, por lo menos rudimentaria, de educación, gracias a la cual se transmiten a las jóvenes generaciones la riqueza del desarrollo científico y tecnológico que ha alcanzado la humanidad a través de los siglos, los valores sobre la que se ha construido haciéndola madurar en humanidad, y la percepción de un destino común¹.

La educación informal –históricamente, el primer modelo educativo– se imparte en primer lugar en la familia y luego en la iniciación progresiva a las actividades comunitarias: relaciones de parentesco y de vecindad, aprendizajes diferentes, participación en el trabajo, en las fiestas, en las celebraciones, en el culto religioso. El niño adquiere así su lengua y sus conocimientos, las costumbres, creencias, tradiciones, conductas y reglas sociales indispensables para su integración en el grupo; la instancia educativa es siempre la sociedad, familiar o civil.

Con el progreso de las sociedades, la educación se ha desarrollado como una función específica, confiada a grupos o instituciones particulares: la

¹ L. Kroeber, uno de los grandes antropólogos de la cultura, ha ilustrado este punto plásticamente: «Tómese un huevo de hormiga de cada sexo: huevos no empollados, frescos. Destruyamos todos los otros individuos y todos los demás huevos de la especie. Póngase algún cuidado a este par por lo que se refiere al calor, la humedad, la protección y el alimento. Toda la 'sociedad' de las hormigas, con todas sus habilidades, poderes, realizaciones y actividad de la especie, será reproducida, y reproducida sin disminución, en una generación. Si, al contrario, colocáis en una isla desierta o en un terreno cercado a doscientos niños en la mejor condición física, de la clase más alta y de la nación más civilizada, les dais la necesaria incubación y nutrición; los aisláis totalmente de su especie... ¿qué obtendréis? Acaso ¿la civilización de las que fueron arrancados? ¿Una décima parte de la misma? ¡No! Ni siquiera»

escuela primaria y superior, humanística o científica, la universidad, a las que tocaba continuar este proceso de enculturación civil, es decir de integración de los individuos en su respectiva sociedad, al mismo tiempo que asimilaban el progreso de la humanidad. La educación formal, vinculada a los sistemas educacionales de las diferentes naciones, tiene la tarea de preservar el patrimonio precioso del pasado para responder a los desafíos del presente y preparar el futuro.

1.1. La *paideia* clásica

Básicamente el modelo educativo de las sociedades modernas tiene sus orígenes en la cultura greco-latina y judío-cristiana². Sea como sea, este modelo escolar ha marcado el Occidente, así como todos los Países que han acogido la modernización económica, política, social y educativa. En lo positivo, porque ha favorecido la unidad de la familia humana; en lo negativo, porque, sacrificando las culturas propias de los pueblos, se ha confundido la unidad con la uniformidad. En aras de la 'civilización' se sacrificó la inculturación y se impuso la 'transculturación' o traslado hegemónico de una cultura a otra.

El ideal griego de educación proponía un humanismo 'ciudadano', es decir, una manera de vivir en la ciudad a la medida del hombre. Esta pedagogía original, llamada *paideia*, tenía como alma a la formación del hombre integral: cuerpo, alma, imaginación, razón, carácter, espíritu. El joven se desarrollaba mediante la gimnasia, la música, la danza, las matemáticas, la gramática, la lectura, las letras, las ciencias, la retórica, el arte, la filosofía. La familiaridad con los grandes autores ofrecía modelos de coraje, de nobleza, y los jóvenes se iniciaban de esta manera a la imitación de los héroes. Hay que notar sobre todo que el genio helenista creó todas las disciplinas intelectuales, prácticas y artísticas, de las que viven hoy todavía nuestros sistemas educativos (gramática, matemática,

ra una fracción de los resultados logrados por la más atrasada de las tribus salvajes. Tan sólo un par o una legión de mudos, sin arte ni conocimientos, sin fuego, sin orden, sin religión. La civilización quedaría borrada dentro de esos confines; no desintegrada, y ni siquiera herida en lo más vivo, sino borrada de golpe. La herencia salva para la hormiga todo lo que ella posee, de generación en generación. Pero la herencia no mantiene, y no ha mantenido porque no puede mantenerla, una sola partícula de la civilización, que es lo único específicamente humano» (citado por G.P. Murdoch (1987). *Cultura y sociedad*. México. Pp. 72).

² Es verdad que las tradiciones culturales de China, India, Egipto, han producido también formas pedagógicas admirables a las que puede todavía inspirarse nuestro mundo, pero sus métodos educativos no han conocido ni la sistematización ni la irradiación universal del modelo greco-romano difundido en Occidente.

geometría, historia, teatro, escultura, música, derecho, retórica, filosofía, ciencias políticas, medicina, física).

Siguiendo a los griegos, los romanos se convirtieron en propagadores de una pedagogía humanística vinculada a la cultura clásica. Cicerón traducía *paideia* por *humanitas*, deslizándose así el objetivo de la educación, centrado no tanto en el acompañamiento cuanto orientado al volverse plenamente hombre.

1.2. La pedagogía cristiana

La difusión del cristianismo en todo el Imperio romano provocó una nueva síntesis cultural, en la que los valores clásicos se integraron, enriqueciéndose, con una visión evangélica del mundo y del destino humano. Estos valores se centran en cierta visión de la persona humana y de su destino trascendente, en un ideal de familia y del bien común, en una concepción del trabajo y de la relación con la naturaleza, en una visión de la economía y de la política, en una idea de su propia nación y de sus relaciones con las demás. Este es el contexto en el que nacieron los derechos del hombre, la democracia, la ciencia moderna, el estado representativo, la exploración y la explotación de la tierra, el derecho universal.

Si quisiéramos describir brevemente los valores típicos aportados por este modelo de educación a la cultura del hombre moderno, deberíamos reconocer los siguientes elementos: la visión de la felicidad del hombre visto en la economía divina, el respeto por el espíritu y por la libertad, el gusto de la creación y de la superación, la racionalidad frente a un universo por conocer y aprovechar, la necesidad de emprender y de distinguirse, la búsqueda de excelencia, el sentido de la competición y de la emulación, la preocupación por la ciudad y por los derechos humanos, la aptitud para servir al bien común por medio de un trabajo competente, una concepción de la persona creada a imagen de Dios y llamada a un destino eterno. La educación clásica lograba su objetivo cuando los jóvenes se convencían, como dice Pascal, que «el hombre supera infinitamente al hombre».

1.3. Hacia un nuevo modelo cultural y educativo

Por una especie de paradoja, ha sido cabalmente el éxito de la educación clásica el que ha llevado a su desorientación, pues esta pedagogía favore-

ció aquel prodigioso desarrollo de los conocimientos que llevó a la revolución tecnológica y al nacimiento del espíritu moderno. Hoy a la educación le cuesta fatiga definirse, en una cultura marcada, desde entonces, por el pluralismo de las convicciones y de los comportamientos, por la caducidad y por la rápida substitución de los conocimientos, por la socialización de los bienes culturales, por la escolarización generalizada y la universidad de masa, por el papel dominante de los medios de comunicación social en la cultura moderna, por el desarrollo del sector cuaternario que privilegia la innovación constante y la investigación.

Nada raro, luego, que las instituciones educativas tradicionales, la escuela o la universidad, estén realmente en crisis frente a un mundo en cambio acelerado, que difícilmente acepta las élites y las jerarquías pre-establecidas.

En el estado actual de las reflexiones pedagógicas y filosóficas vale la pena subrayar *algunas orientaciones fundamentales*:

- a. Hoy más que nunca es importante volver a definir nuevamente los objetivos de la educación. La tradición bimilenaria de la educación clásica y cristiana ofrece una respuesta siempre válida afirmando que objetivo de la educación es la formación de un espíritu capaz de juzgar con libertad y de introducirse en una sociedad con responsabilidad. Es una contradicción pedagógica reducir la escuela a un simple medio de reproducción ideológica, a un adoctrinamiento político, a un entrenamiento de tipo militar, o simplemente a la formación técnica requerida por el sistema económico. Aún sin negar los objetivos prácticos de la educación, su finalidad más elevada es de orden humanista; colaborar con el joven en el difícil arte de aprender a ser persona, exige una firme reivindicación.
- b. Hay que perseguir un delicado equilibrio entre la formación personal de estudiante y su información enciclopédica. El prodigioso desarrollo de los conocimientos en todos los campos vuelve ahora imposible una asimilación sintética de todo el saber. En la cultura moderna desde ahora en adelante es menester aprender a vivir con un margen inmenso de no-saber: esos amplios sectores de las ciencias reservados a los expertos de disciplinas cada vez más especializadas. Se impone, por consiguiente, un esfuerzo común para que se

perciba y se afirme la finalidad humanista y ética del saber que se imparte. La escuela, por su lado, se esforzará por hacer comprender/entender que el conocimiento debe llevar a la responsabilidad moral y a la sabiduría.

- c. La familia, como primer ambiente educativo, y los profesores profesionales conservan todo su lugar en la sociedad moderna. Bajo pretexto de una racionalización política, económica, no se puede, sin caer en contradicción, movilizar la escuela para hacer de ella un instrumento de poder, de manipulación económica, de reproducción social, ideológica. La experiencia demuestra que ningún proyecto educativo puede tener éxito sin la participación de las familias, de los maestros competentes y de las fuerzas vivas de una cultura. En una nación, la política de la educación está llamada ante todo a favorecer la igualdad de oportunidades respecto de la instrucción en todos los niveles, poniendo los recursos del Estado al servicio del sistema educativo. El papel de estimular, de animar y coordinar las tareas educativas corresponde al Estado, pero la misión de educar y de instruir pertenece a la comunidad humana, a las familias, a la escuela, a las universidades, a todas las instituciones culturales que forman el ambiente educativo en sentido propio.
- d. Aunque hay que defender la perspectiva humanística de la educación, hay que reconocer que la escuela del pasado ha podido favorecer, más o menos a sabiendas, un individualismo que poco se preocupaba de los profesores y de los estudiantes frente al cambio social. Se impone una revisión en las culturas, que ahora valorizan —por lo menos en la intención— la solidaridad y la aspiración de todos al desarrollo y a la justicia. Si la formación humanística de las personas conserva toda su validez, hay que acentuar, mucho más que en el pasado, la función social de la educación. Uno de los cambios más profundos de nuestra época es la convicción creciente de que las sociedades pueden efectivamente cambiarse por medio de un esfuerzo humano acomunado. Esto requiere una educación a la responsabilidad social, en sentido cívico y político, entendido en el sentido más amplio de la palabra, de constructores de la ciudad. Este aspecto de la educación se vuelve especialmente urgente en un mundo en búsqueda de justicia y de participación universal en la cultura. La educación, desde

ahora en adelante, se concibe como un servicio al individuo, ciertamente, pero también con un factor de desarrollo y de promoción para el conjunto de la sociedad.

- e. La capacidad de análisis social y cultural, luego, es parte integrante de cada formación humana. Esto no significa que cada uno de los estudiantes deba especializarse en sociología, sino que todos, en una cultura en cambio acelerado, necesitan discernir, en un contexto de valores pluralistas y de ideologías contradictorias. La formación al discernimiento social es una necesidad, si se quiere evitar la indeterminación ética y la pérdida de identidad. En otros tiempos el ambiente y las instituciones estables ayudaban a los individuos a colocarse en el corazón de una cultura. Ahora la responsabilidad se ha vuelto en gran parte personal. La educación clásica enseñaba a analizar las grandes obras literarias del pasado; la educación moderna, sin descuidar esta capacidad, debe preparar a los estudiantes a analizar las culturas vivas, sus valores dominantes, sus evoluciones, su impacto en las mentalidades y en los comportamientos. Hoy educar significa enseñar a la persona a auto-educarse sin cesar en un ambiente fluido y en sociedades en constante evolución. De aquí la necesidad de la educación permanente, que se ha vuelto una exigencia ineludible.
- f. En la sociedad moderna el pluralismo cultural pone problemas nuevos y difíciles a los responsables de la educación. Una solución de falsa racionalidad induce ciertos gobiernos a una política educativa que simplemente prescinde de las convicciones religiosas y morales de las familias, relegando estos valores a la esfera de lo privado. Esto significa olvidar el derecho primario que tienen las familias de transmitir a sus hijos sus propias creencias y heredad espirituales³. Una política educativa respetuosa del pluralismo cultural reservará un lugar legítimo a la enseñanza religiosa y a la formación moral. Es

³ Juan Pablo II, hablando a los miembros del Concejo Pontificio para la Cultura, decía: *A menudo las concepciones del hombre presentes en la sociedad moderna se han vuelto sistemas de pensamiento que tienden a alejarse de la verdad y a excluir a Dios, pensando que de esta manera afirman la primacía del hombre, en nombre de su supuesta libertad y de su plena y libre realización. Obrando de esta manera, estas ideologías privan al hombre de su dimensión constitutiva de persona creada a imagen y semejanza de Dios. Esta mutilación profunda se transforma hoy en una verdadera amenaza para el hombre, porque lleva a concebirlo si ninguna relación con la trascendencia* (noviembre 19 de 1999).

esta una de las concretizaciones más perfectas de la 'libertad de educación'.

Como se ve, la gestión de un sistema educativo moderno pondrá a la sociedad problemas administrativos muy complejos; pero el desafío mayor es el de orden moral y cultural.

2. EL CONTEXTO DEL EDUCAR, HOY; LAS NUEVAS CULTURAS

El nacimiento de 'nuevas culturas' es un fenómeno que se ha ido repitiendo a lo largo de la historia, marcando todos los grandes cambios históricos. Una nueva cultura es siempre difícil de interpretar, porque es una realidad *in fieri*, un fenómeno en desarrollo. Pero nuestra época, acaso más que ninguna otra, ha intentado comprender los estados de ánimo que caracterizan a las generaciones que se van sucediendo. La expresión 'nuevas culturas' ha sido acuñada precisamente para captar *los valores y también los contravalores que modelan al espíritu de nuestro tiempo*.

La novedad de la expresión no indica de por sí la creación de valores absolutamente originales, sino más bien una acentuación diferente de las esperanzas, de los anhelos y de las ansiedades/angustias que distinguen a nuestra sociedad de las que le precedieron. El advenimiento de una nueva cultura va acompañado muchas veces por el avance de una *contracultura*, que llega hasta a poner en crisis los valores y las instituciones recibidas hasta ese momento en un grupo.

2.1. Tendencias típicas

Un primer vistazo de observación global nos revela una curiosa configuración de tendencias relativamente nuevas y contrastantes, muchas de las cuales se presentan como movimientos de reivindicación: ecologista, pacifista, feminista, importancia del Tercer Mundo, movimientos de liberación, despertar religioso. Y frente a muchos compromisos generosos, se difunden también actitudes que preocupan: relativismo gnoseológico, permisivismo moral, individualismo dominante, consumismo desenfrenado, difusión de la droga, movimiento 'gay', etc. Los analistas vacilan a la hora de indicar las tendencias fundamentales y sus interpretaciones variarán según el punto de vista de cada uno de ellos.

2.2. Cinco rasgos principales

Quisiera señalar cinco rasgos que parecen especialmente adecuados para caracterizar las nuevas mentalidades. Se trata de sendas orientaciones que parecen generalizadas, duraderas, que se proponen de moldear nuestro futuro. Son las siguientes: una inquietud generalizada cara al futuro, una necesidad universal de justicia y de paz, una emergencia de nuevos valores, nuevo tipo de relaciones hombre-mujer, una aspiración a construir conscientemente el porvenir. Algunas breves indicaciones nos permiten precisar nuestro punto de vista:

- En casi todas las sociedades se ha ido desarrollando progresivamente una sensación de miedo y de angustia, generalizándose un temor sordo respecto de la destrucción de la naturaleza y del ambiente (véase los diversos 'summit' de las Naciones Unidas, en vistas de la reducción del *gas serra* y la alarma que llama a salvar al mundo antes que sea tarde). Todos temen las consecuencias imprevisibles de la experimentación biológica y se inquietan por el futuro de la familia humana frente a los riesgos insoportables de un apocalipsis nuclear. Un sentido de angustia existencial provoca en todos nosotros una reacción elemental, una búsqueda radical de supervivencia del género humano. La cultura actual demuestra no sólo una crisis de costumbres o la crisis del ateísmo, sino que es el ser mismo del hombre que está en cuestión. La penuria religiosa, de la que hablaba el joven Marx, no es sólo la de los proletarios. La penuria espiritual afecta ahora a todas las clases que forman la sociedad moderna. La gran tentación de nuestros días es el fatalismo y la sensación de impotencia frente a los problemas extremadamente complejos que nos superan a todos. A pesar de eso, los mejores espíritus rechazan esta tentación de abandono cobarde, este determinismo trágico que paraliza a demasiados nuestros contemporáneos, cegando su responsabilidad moral.
- La búsqueda universal de la justicia y de la paz se expresa con rigor en estos últimos tiempos. Descubriéndose solidarios entre ellos mismos, nuestros contemporáneos consideran cada vez más intolerable el hecho de que la miseria cohabite con la opulencia, y la reacción ante la actual crisis económica y financiera es elocuente. Aunque sabedores de la no ingenuidad de algunos movimientos, pienso que el *social forum*

o los *antiglobal* puedan contarse entre algunas de esas reacciones. En el mundo se eleva una aspiración universal a que por fin se realice un comienzo de unidad, de justicia y de corresponsabilidad en la libertad y en el respeto de todos los hombres. Está en gestación una especie de universalismo cultural. Más que nunca la defensa de los derechos humanos aparece como una exigencia y un signo de liberación. Hay muchedumbres que encuentran insoportable que el mundo moderno les niegue la libertad fundamental, el derecho al desarrollo y sobre todo su plena libertad. No maravilla, por lo mismo, que Juan Pablo II invitara a darle a la globalización su rostro más humano, globalizando los derechos humanos, la solidaridad, la paz.

- El ascenso de nuevos valores propone nuevas tareas al educador. ¿Prestamos suficiente atención a los valores que van buscando muchos contemporáneos nuestros, sobre todo en las nuevas generaciones y en las naciones jóvenes? Tratamos de entender las ansias que se expresan a través de valores que hoy se afirman con energía, como por ejemplo el respeto por la identidad, la calidad de vida, el acceso a la educación, a la cultura, a la comunicación, el nuevo papel de la mujer, la apreciación del trabajo y del tiempo libre, la búsqueda de vida comunitaria, el nuevo interés por el hecho religioso, la revalorización de la tolerancia, del pluralismo, el redescubrimiento de la familia, el diálogo entre generaciones, la atención a los minusválidos y la aspiración universal a la paz y a la concordia. Es menester, además, saber discernir esa curiosa búsqueda de experiencias religiosas que se manifiesta como una nueva necesidad en los ambientes más diversos, sobre todo entre los jóvenes. Entre los nuevos valores hay que reservarle un puesto muy especial a la toma de conciencia generalizada de que toda persona goza de una dignidad propia y de derechos propios, y que puede legítimamente aspirar a una libre participación en los asuntos comunes. Estas tendencias culturales no se presentan nunca sin ambigüedad pero son ciertamente portadoras de esperanza. Este nuevo peso de la esperanza acaso es uno de los signos más claros que caracterizan a las nuevas culturas. Los educadores, sobre todo, tienen una responsabilidad propia en la comprensión, en el discernimiento y en la transmisión de estos nuevos valores.

- Las nuevas relaciones hombre-mujer constituyen ellas también un viraje cultural de alcance histórico. No se trata de un mero movimiento de reivindicación, que por otro lado ha sido reconocido por muchos con demasiado atraso. Estamos frente a la búsqueda de una nueva condición de la mujer en la sociedad moderna, especialmente en aquellas naciones o culturas que hasta ahora siguen negándole toda voz y toda clase de protagonismo social. Se busca un nuevo equilibrio de lo femenino a nivel de toda la humanidad. Este hecho cultural ahora se capta mejor en toda su complejidad y en sus implicaciones. Si la mujer adquiere una libertad y una responsabilidad iguales a las del hombre en la colectividad, accede a mayor humanidad. Y de eso va a beneficiar todo el género humano, tanto en su feminidad como en su misma masculinidad. En esta perspectiva se comprende cómo tanto el varón como la mujer estén llamados a ser sujeto y agente del cambio de los papeles/funciones femeninos. En otras palabras, tanto el varón como la mujer están llamados a crecer juntos en su necesaria e irreducible complementariedad. Se trata de una evolución que atañe a toda la humanidad como tal, y de uno de los cambios más profundos que haya conocido la cultura moderna. Estamos sólo en los comienzos de una evolución cultural que llama a todos, sobre todo políticos y educadores, a prestar un servicio indispensable al ser humano como tal.

- Toda la familia humana aspira a construir conscientemente el porvenir. Nunca como ahora los seres humanos han tenido semejante concienciación de su unidad e interdependencia. Por la primera vez en la historia, la humanidad en su conjunto está llamada a tomar en sus manos su propio porvenir y a construir conscientemente un mundo nuevo, digno del hombre y de todos los hombres. Hay aquí una visión de la cultura que va más allá de una simple acomodación a los valores dominantes de una sociedad dirigida sobre todo al economicismo. La cultura del futuro será aquella por la que el hombre se construirá a sí mismo a partir de sus convicciones y de sus representaciones más nobles. La cultura aparece esencialmente como creación y libertad; luego es obra moral. Es precisamente la afirmación de este ideal lo que las generaciones jóvenes y las nuevas naciones esperan de sus educadores y líderes intelectuales, políticos y espirituales.

3. LA ESCUELA CATÓLICA AGENCIA DE EDUCACIÓN

Durante siglos la escuela se identificó con cierta idea de la civilización reconociendo que desarrollaba un papel civilizador propio. Pues bien, este postulado parece que se derrumbó en la actualidad, pues es una nueva cultura la que ahora se produce y se transmite por medio de poderosos rivales que han invadido el campo de la enseñanza, de la investigación, de la documentación y de la información. Las escuelas ahora deben descubrir cómo pasar de la competitividad a la cooperación con estos nuevos agentes de producción cultural. Pensemos, por ejemplo, en los medios de comunicación social, en las industrias culturales, los bancos de datos, las comunicaciones vía satélite, las enseñanzas y estudios vinculados a la industria privada y al Estado.

El desafío principal para la escuela será el de definir su papel propio en el esfuerzo de reconciliar el crecimiento económico, técnico y científico con el progreso en humanismo. Pensemos en un teórico del neoliberalismo como Francis Fukujama y su tesis del *fin de la historia*⁴. La fría racionalidad del pragmatismo, de la rentabilidad, de la competitividad, no se armoniza fácilmente con la lógica del saber ni con la gratuidad de la solidaridad. Como se ve, la cuestión básica —una cuestión moral— es la del *papel cultural* que corresponde propiamente a la escuela.

En la sociedad actual, en la que entran en crisis todas las ideologías y en la que el pragmatismo puro manifiesta toda su dramática insuficiencia y sus efectos desestabilizadores, la educación debe afirmarse como reserva de valores éticos y lugar generador de motivación, entregada a la búsqueda de sentido, como centro de libre reflexión y de justa socialización, indispensables para la salud de una nación.

Frente a este panorama de desafíos es natural, luego, que la escuela, por lo menos en gran parte del mundo occidental, trate de adaptar planes y programas, como demuestra la reforma educativa que se ha realizado o

⁴ Cf. F. Fukuyama, «Occidente puede resquebrajarse», artículo en el que, aunque ponga la pregunta de si «Occidente» «sea realmente un concepto coherente», escribe: *Los ataques terroristas del 11 de septiembre han significado un viraje importante, pero al final, la modernización y la globalización seguirán siendo los principios que estructuran fundamentalmente la política mundial* (El País, edición internet, 17/08/2002).

se está realizando desde años atrás en casi todos los Países. Según Hannah Arendt la educación se coloca «entre el pasado y el futuro», entre la estabilidad y el cambio, entre la tradición y la innovación⁵. A pesar de eso, me parece que más importante es el *cambio global de la escuela*, determinado especialmente por la modificación de dos relaciones: la relación entre escuela y educación y la relación entre escuela y sociedad; y si pensamos en la escuela confesional, la relación entre escuela y evangelización.

3.1. Escuela y Educación

En años pasados, la familia y la escuela cubrían el transcurso de toda la educación de un joven. No cabía margen para otros influjos educativos o 'deseducadores'. Hoy se presentan otras agencias educativas, a veces con mayor peso que la familia misma o la escuela.

- a. Los medios de comunicación social, que han pasado desde cadenas de información a ser verdaderas redes educativas, creadoras de nueva cultura, con todo lo que esto implica: fuente de modelos, difusión de valores, manera de organizar la vida, de interpretar la realidad, etc. Por su eficiencia y continuidad, aunque no se presentan con propósitos formalmente educativos, ejercen, sobre una personalidad en formación, un porcentaje considerable de influencia.
- b. Los ambientes del tiempo libre y las actividades libremente escogidas, que se han ido multiplicando, y que no son determinados por un programa escolar, pero que ejercen también un influjo en la construcción de la persona y contribuyen a plasmarla.
- c. Los ambientes de socialización propios de la juventud, en los que se discute y se realiza el encuentro con los adultos y con los compañeros, lugares que se convierten en una especie de «universidad de la

5 Cf. Pilar del Castillo, «El futuro de la sociedad es el presente de la educación», en EL PAIS –edición internet– 16.IX.2002. La Ministra de Educación, Cultura y deporte de España, explicando la urgencia de la reforma educacional afirma con claridad que «los países deben adaptar con periodicidad sus sistemas educativos». Estando a sus palabras «la educación es, de alguna manera, el 'lugar' en el que las sociedades y las culturas se juegan lo que son y lo que quieren llegar a ser».

vida», en la que se va elaborando una manera de ver la existencia y de las normas de conducta.

Es éste el primer cambio: la nueva distribución de las instancias educativas. La escuela y la familia siguen desarrollando un papel importante, pero no son más las únicas que intervienen en el proceso educativo. Ellas deben reconocer que hoy vivimos en un clima de pluralismo de propuestas y que, por lo tanto, deben asumir más que antes la tarea de convertir en influjos convergentes propuestas y estímulos acaso paralelos o divergentes. De ahí la nueva necesidad que experimenta la escuela de no ser simplemente supermercado de la información, de transmisión de datos, sino que debe dar fuerza al testimonio de los valores y a la elaboración de aquellos valores que aglutinan o sirven de filtro crítico a los múltiples influjos que hoy asedian a todas las personas, especialmente a los jóvenes.

3.2. Escuela y Sociedad

El segundo cambio notable se refiere a la relación entre la escuela y la comunidad humana en la que obra. La escuela ya no es propiedad de un grupo de educadores —religiosos o/y Estado— y las familias no son simples clientes de una empresa educativa a la que confían a sus hijos, exigiendo un servicio específico retribuido directamente (escuela particular) o indirectamente (escuela pública).

Hoy día la escuela se integra cada vez más en la dinámica de la comunidad civil y ésta participa —debe participar— con responsabilidad en la programación y en la gestión. En algunos lugares se ha llegado a la gestión comunitaria de la escuela sancionada por la ley. La relación entre *Escuela y Comunidad* hoy día está sellada por una realidad llamada 'participación'. Tanto la sociedad como las familias no se colocan más fuera de la escuela. Hoy día no se contentan con abastecer alumnos. Ahora reivindican su derecho de participar en la elaboración del proyecto educativo y de las normas que sirven de guía a la educación.

3.3. Escuela y Evangelización

Otro elemento de cambio: la relación *Escuela—Evangelización* (o programación escolar— formación cristiana). El cambio apunta sobre todo al tipo de presentación de la formación cristiana: basada no tanto en una exi-

gencia curricular cuanto en una propuesta de vida hecha a los jóvenes que deben asumirla en una atmósfera de libertad y, luego, de libre opción, sin imposiciones exteriores de ninguna clase.

Lo de la evangelización como ofrecimiento propuesto en la escuela debe ser tanto más remachado cuanto más conscientes seamos del ambiente de pluralismo en el interior mismo de la escuela: muchos profesores, familias y alumnos no son creyentes o pertenecen a otras religiones. Es más, educar a la abertura a la dimensión ética y religiosa contribuye a la «consolidación del humanismo integral», como ha afirmado Juan Pablo II⁶.

Esta realidad desafía a la Escuela Católica a redescubrir su identidad como ambiente de evangelización y a examinar cómo esto se realiza en el respeto del camino y de la búsqueda religiosa de todos los miembros de su comunidad educativa.

De lo dicho se deduce que la escuela católica:

- Debe privilegiar el testimonio de la fe sobre la mera explicación teórica de las verdades de fe. Y esto no lo puede hacer sino a condición de que haya una experiencia personal de Dios en los miembros de la Comunidad Educativa.
- Concede mayor importancia al testimonio de vida de la Comunidad Educativa, como comunidad. Ya no es suficiente la bondad de algunos maestros en particular, sino que se necesita una vivencia de comunidad que vuelva visible esta manera alternativa de enfrentar la vida.
- No se contenta siquiera con el testimonio. Hay que desarrollar en la escuela católica una cultura inspirada realmente en la fe y empapada en valores evangélicos que se traducen en opciones, criterios, metodología, organización. Sólo así podrá aparecer la dimensión antropológica y humanizadora de la fe y su aporte a la construcción de la civilización.

⁶ Juan Pablo II, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz, diciembre 8 de 2000, n.20: *La educación puede contribuir a la consolidación del humanismo integral, abierto a la dimensión ética y religiosa, que atribuye la debida importancia al conocimiento y aprecio de las culturas y de los valores espirituales de las diversas civilizaciones.*

- Promueve la síntesis entre cultura y vida, la cual exige otra síntesis, aquella entre fe y vida, que debe quedar representada por los educadores. «En el proyecto educativo de la escuela católica no existe, en efecto, separación entre momentos de aprendizaje y momentos de educación, entre momentos teóricos o técnicos y momentos de sabiduría. Toda disciplina no presenta sólo conocimientos para adquirir, sino también valores a asumir y verdades a descubrir»⁷

Considerando la situación actual de las escuelas católicas, con poco personal religioso y numerosos seglares, se vuelve necesaria, hoy más que nunca, la formación de éstos y su compromiso en el proceso educativo al que debe apuntar hoy la educación católica. No se trata, desde luego, de un «hecho consumado» o de un «mal necesario», sino de tomar conciencia de la vocación y de la misión del seglar, cuya presencia en las actividades temporales, para animarlas cristianamente y empaparlas de espíritu cristiano, es típica de su condición de bautizado. Y la educación es uno —muy importante— de estos cometidos.

4. LA PROPUESTA ACTUAL DE LA ESCUELA SALESIANA

En este proceso de cambio, de época y coyuntura, es vital que la escuela católica salesiana sepa conservar su identidad, tomando impulso del genio pedagógico de Don Bosco y enfrentando los desafíos actuales de nuestra sociedad.

El «sistema» educativo de Don Bosco ha sido practicado, verificado y perfeccionado en lo que ha sido definido como el «laboratorio pedagógico» de Turín-Valdocco; luego, indiscutiblemente 'fechado', pues era adecuado y apropiado a un mundo que no existe más; pero siempre actual y vital, mas únicamente si lo actualizamos seriamente (esto es si es 'traducido', inculturado, repensado, actualizado) a la luz de las modernas problemáticas educativas y de los progresos en el campo de

⁷ La Escuela Católica en el umbral del tercer milenio. Congregación para la Educación Católica, diciembre 28 de 1997.

las ciencias de la educación, por supuesto desconocidas en tiempos de Don Bosco⁸.

4.1. El proyecto educativo

Para Don Bosco la condición básica para un verdadero proyecto educativo es la solicitud para satisfacer las necesidades fundamentales de los jóvenes: comida, vestido, vivienda, seguridad, trabajo, desarrollo físico y psíquico, inserción social, un mínimo de valores, etc. Después —si bien los dos momentos no se pueden separar cronológicamente— viene la educación verdadera del joven dirigida a la promoción y a la expansión de la dimensión cognoscitiva, afectiva y ética: competencia en las decisiones, capacidad de responsabilidad moral y civil, indispensable cultura de base y profesional, compromiso religioso consciente y coherente, etc.

Estos objetivos parecen aún actuales, considerando que, tras las profundas transformaciones en la sociedad, se está realizando una recuperación decidida de las valencias asistenciales y sociales del proyecto educativo salesiano, así como también de aquellas axiológicas propias de la esfera afectiva, emotiva, natural y sobrenatural.

Hoy el compromiso educativo se extiende cada vez más y las tareas del educador son cada vez más difíciles para ejecutar y valorar. Si un tiempo había sólo el patio, la iglesia, el taller, la escuela, hoy día tenemos diferentes tipos de escuela, de instituciones educativas y terapéuticas, de comunidades de acogida para chicos y jóvenes en dificultad, de centros de prevención contra la toxicomanía, de consultorios, de intervenciones humanitarias para chicos de la calle, de campos para prófugos con gran número de niños y jóvenes, de centros de acogida para inmigrantes... Y todo eso dentro de una sociedad compleja y cosmopolita.

Don Bosco sintetizó el objetivo de la educación con una frase sencilla y comprensible: llevar al joven a ser «un honrado ciudadano y un buen cristiano». Con esta frase quería expresar la integridad de su ideal:

⁸ Cfr. Motto F. (2003). *Elementi di attualità del Sistema Preventivo di Don Bosco. XXII Jornadas de espiritualidad de la Familia Salesiana*, Roma 22-25 de enero de 2004. Editado en CD-Rom por Julio H. Olarte.

formar constructores de la ciudad y hombres creyentes. De esta manera se tienen en cuenta todas las dimensiones de la personalidad.

El *honrado ciudadano* del tercer milenio, desde luego, no es más aquél que entendía Don Bosco, hijo de un tiempo en el que no se concebía una 'política activa' si no era algo promovido por una minoría rica y privilegiada, a la que difícilmente pertenecerían los preadolescentes o los adolescentes pobres o de clase media recogidos en sus casas. Tampoco es el que resulta de análisis y evaluaciones del malestar social que buscan, como D. Bosco, las causas únicamente en las responsabilidades morales y religiosas de los individuos y no en los condicionamientos y determinismos de carácter económico, político o social. Ni tampoco es aquél tipo más bien pasivo, que obedece a las leyes, no causa problemas a la justicia, piensa sólo «en sus cosas». El paso del absolutismo monárquico al parlamentarismo liberal antes, y más tarde a la democracia, la explosión de la «cuestión social» con el socialismo, el marxismo, el sindicalismo, la doctrina social de la Iglesia, la exigencia universal de ciudadanía activa y democrática, etc. han dejado pesadas huellas. Así como el impacto actual por el incesante avance del pluralismo, de la globalización, de las modernas tecnologías informáticas y telemáticas, de la pluriculturalidad difusa.

En esa misma perspectiva es evidente también que el *buen cristiano* de hoy no es más el tipo en el que pensaba Don Bosco y muchos como él: un mínimo de formación religiosa, recepción habitual de los sacramentos, devoción a los santos como modelos e ideales de vida cristiana, lectura exclusiva de «buenos» libros, obediencia absoluta a las legítimas autoridades eclesíásticas dentro de la única y verdadera Iglesia, la católica, una vida de progreso en las virtudes que se concluiría luego felizmente con una muerte virtuosa. Un siglo de reflexión teológica y un Concilio Vaticano II habrían pasado en vano y la multirreligiosidad y multiconfesionalidad del mundo de hoy no dirían nada.

Hay que tomar buena nota de que la conocida fórmula de «honrados ciudadanos y buenos cristianos» hoy en día hay que volverla a fundar en el plano *antropológico y teológico*, hay que reinterpretarla *histórica y políticamente*.

Una renovada antropología deberá individuar, entre los valores de la tradición, aquellos que hay que subrayar en la sociedad postmoderna

y los valores nuevos que hay que proponer; una renovada reflexión teológica precisará las relaciones entre fe y política, entre las diferentes creencias; un renovado análisis histórico-político compondrá educación y política, educación y compromiso social, política y sociedad civil.

4.2. El ambiente educativo

La educación salesiana presenta un segundo elemento distintivo: es el clima humano o 'ambiente' que se respira en la obra salesiana. Nos damos cuenta de su presencia sólo cuando nos detenemos a reflexionar sobre ello. Así puede suceder que para el niño o el joven el ambiente sea indefinible a pesar de que ambos lo perciben. Es lo que nosotros acostumbramos denominar 'el espíritu de familia'.

El ambiente fue una de las preocupaciones de Don Bosco. En una época de reglamentos, él puso de relieve la espontaneidad y el espacio que había que dejarles. En una época de muchos niveles de autoridad, Don Bosco puso en evidencia la necesidad de la familiaridad y del convivir con el educando, cabalmente porque para él la educación era «cuestión de corazón», una transmisión vital de valores, la creación de un ecosistema en el que se respiraba optimismo y bien, y donde circulaba una serie de valores que iban configurando la personalidad del joven.

Nuestro compromiso, decía, es el de hacer de manera que el chico llegue a ser tan amigo nuestro que nos abra el corazón, y así podamos influir en él a partir del mismo centro de su vida. De esta manera será posible no sólo ofrecerle elementos de tipo instrumental para manejarse en la realidad, sino, más aún, acompañarlo en la elaboración de sus criterios y proyectos de vida. Hoy este aspecto se vuelve aún más relevante teniendo en cuenta la carencia, en muchos casos, de una experiencia familiar que sea verdaderamente la primera escuela de vida.

Esta relación 'familiar' es la manera más eficaz, aunque no siempre consciente, de vivir en comunidad y de ser introducidos en sociedad. Puede haber una relación de autoridad fría y distante; o una relación de formalidad educada o bien una relación de simpatía, de intimidad y de servicio constante; éste se manifiesta en la disponibilidad a dialogar,

a convivir, a abordar temas que interesan a los jóvenes. Este es el clima educativo de Don Bosco.

El primer quehacer del educador es, pues, el de estar allí y no estar fuera de la cancha donde se juega el partido. Si es verdad que en el educando hay todas las disposiciones para realizar su vida plena, también es verdad que, dejado a sí mismo, podría correr el riesgo de no actuar todas o completamente sus posibilidades de crecimiento.

El educador seguro y que da seguridad, consciente de su tarea y responsable, con autoridad moral y no autoritario, trata de entablar un diálogo auténtico y una confrontación constructiva con un joven. Vitalmente implicado en la relación educativa, su personalidad, su pasado, sus miedos, sus ansias inciden en la formación del educando. Es su persona la que educa.

En el educador el joven ya no busca tanto al padre que piensa en todo en su lugar, al amigo que le organiza el tiempo libre, al hermano que se interesa por su crecimiento, sino al hombre capaz de ponerse a su lado, más atento a su persona que a las exigencias genéricas de la educación, más disponible a ofrecerle una contribución positiva al desarrollo de sus potencialidades no expresadas que a neutralizar los elementos negativos y contraproducentes.

El educador, luego, no se considera más poseedor e intérprete único del sistema, para imponer o proponer certezas preconcebidas; se vuelve capaz de interpretar las necesidades juveniles que ellos difícilmente expresan por sí mismos, de acompañarlos en su no fácil búsqueda de respuestas a las preguntas fundamentales de la vida, de respetarlos en su derecho de ser y sentirse protagonistas, de reducir su función predominante para educarse mientras educa, tanto en el fácil terreno de la confrontación como en el difícil, pero igualmente útil, terreno del inevitable choque.

4.3. El espacio educativo

Don Bosco ha querido realizar su proyecto educativo a través de la cooperación de amplios círculos de personas. En la utopía de un movimiento vasto como el mundo ha soñado la colaboración y la complementariedad de todos los católicos militantes y de todos los hombres de buena volun-

tad interesados en el futuro de la humanidad. Pero concretamente su experiencia se actuó más que todo en una institución: un sistema 'institucional' cerrado, separado, apolítico, autónomo, donde todo se desarrollaba en el interior de un preciso espacio educativo autosuficiente, donde los maestros oficialmente reconocidos eran Don Bosco y sus «hijos» y donde estaba en vigor una única y sencilla cultura: la cultura católica de la clase popular, cuya única aspiración era la de abastecerse de los medios suficientes de vida terrenal, a la espera del premio celestial.

Hoy, para poder recrear ese espacio parece necesaria la *máxima participación*, con relativa responsabilidad moral, *de todos los 'operadores' de educación*, a ser posible *de todos los adultos* que, por alguna razón, inciden en la educación de los jóvenes y en su capacidad de hacer opciones existenciales: padres, profesores, educadores, asistentes y operadores sociales, etc.

Entretejer alianzas compartiendo estrategias, tiempos, modalidades conlleva lógicamente no pocas dificultades, teniendo en cuenta la no homogeneidad y las divergencias de las fuerzas en cuestión. Pero se trata de una *conditio sine qua non* para recoger los frutos de nuestro quehacer educativo, y obliga a establecer una relación fuerte y cordial entre los educadores.

Los educadores pueden entretener tres tipos de relaciones:

- *Relación de trabajo*: reducida básicamente a lo mínimo: la prestación de un servicio y la correspondiente remuneración.
- *Relación profesional*: además de la prestación de servicios y a la remuneración, existe una relación de amistad y de discusión de los tópicos que atañen a la profesión común.
- *Relación vocacional*: propia de los educadores cristianos, semejante a lo que une a los religiosos en una única comunidad o a los sacerdotes en una tarea pastoral.

Ser hoy profesor es una profesión técnica (docente), pero sobre todo, una vocación personal (educador). Formar y educar, orientar y enseñar requieren una preparación rigurosa que, con todo, en el momento de ponerse a la obra, deja al educador dependiente de su creatividad,

perspicacia y bondad, porque el sujeto delante del cual se encuentra, por su inteligencia viva y su libertad activa, constituye siempre un misterio con acciones y reacciones inesperadas, que necesita de todo y, sin embargo, nada le es suficiente.

Pues bien, la relación vocacional entre educadores es lo que une mediante ideas de vida y valores idénticos que se quieren cultivar en común. Este tipo de relación es el que mejor corresponde a un grupo de educadores que desean llevar adelante un proyecto educativo con coherencia y con profundizaciones progresivas. A fin de cuentas, se basa en la convicción de que existe un conjunto de valores que estamos cultivando y una misión que estamos llevando a cabo juntos.

En base a esta relación hay la posibilidad de una mayor personalización de la misma en relación con la «libertad» efectiva del educando, sus requerimientos de autonomía para escoger objetivos y medios para alcanzarlos, las «energías» que posee y que hay que respetar y ayudar a desarrollarse con recursos y modalidades diferenciadas en las diversas estaciones de la vida.

Educar de esta manera lleva a proponer experiencias valederas y cautivantes, hace crecer a los jóvenes desde dentro haciendo presión sobre su libertad interior y contrastando los condicionamientos exteriores; «conquistar el corazón» de los jóvenes para atraerlos serenamente hacia los valores, corrigiendo las desviaciones y frenando las pasiones; los prepara al futuro aunando a la formación de la mente la adquisición de habilidades operativas; llega allá donde nacen las actitudes de los jóvenes para desarrollar en ellos una personalidad capaz de decisiones personales y de discernimiento; habilita a los jóvenes a lo concreto de la vida social y eclesial: he aquí la difícil tarea del educador salesiano.

5. CONCLUSIÓN

Hoy nuestros problemas no son tan sólo políticos. Son morales (y culturales) y tienen que ver con el sentido de la vida. Hemos dado por descontado que mientras continuase el crecimiento económico podríamos relegar todo lo demás a la esfera del privado. Ahora que el crecimiento económico empieza a interrumpirse y que la ecología moral está sin orden, estamos

*empezando a comprender que nuestra vida en común requiere algo más que una preocupación exclusiva por la acumulación material*⁹.

Las sociedades actuales tienen un cometido fundamental, improrrogable: ¿quién y cómo preparar a los hombres para ser más humanos? La preocupación no es nueva: ya Sócrates se maravillaba que hubiese escuelas que preparaban caballeros, marineros, soldados para el ejercicio de su profesión futura, y al contrario no hubiesen escuelas que preparasen a ser hombres. La *educación* se realiza en el contexto de un pueblo, a cuyo servicio se pone desde el proceso de humanización del mismo. La *escuela* debe tener en cuenta la realidad socio-cultural de sus destinatarios y mantenerse abierta a la humanidad total¹⁰.

Objetivo de la educación debe ser el de construir un porvenir humano más digno para todos los jóvenes. Si la educación se limita a alcanzar únicamente objetivos económicos o a acumular bienes materiales, a los cuales apunta la actual globalización, traiciona su misma misión. Se impone una profunda reforma moral y cultural, si nuestro mundo quiere seguir siendo dueño de su destino común. Y esta reforma es cometido, si no el primero seguramente el principal, de la educación.

La educación del hombre, en el marco del siglo XXI, se halla amenazada por dos abismos: por un lado los dogmatismos, la militancia y el proselitismo; por otro lado, la tecnificación pura, fría y dura, a la que sigue la desaparición del sentido, el desaliento y la desmoralización. En este cruce nos hallamos en este momento. El cruce puede desembocar en una ciudadanía más compleja, acogedora de la diversidad y enriquecida por otros horizontes que han cultivado fibras diferentes de lo humano, suscitando una nueva sinfonía de valores y esperanzas. Pero todo esto requiere un esfuerzo para redescubrir el común humano, el universal trascendente y la dimensión sagrada de cada rostro. De otra manera surgirán, primero el choque y luego la voluntad de exclusión.

Los grandes resultados y conquistas traen consigo problemas, desafíos y responsabilidades nuevas. Hechos pedazos los viejos modelos, abierto el

⁹ Bellah, R. y cols. (1989). *Hábitos del corazón*. Madrid. Pp. 374.

¹⁰ González de Cardedal, O. (2004). *Educación y educadores*. Madrid: PPC.

mundo entero a la percepción inmediata de cada individuo, hecha posible la circulación de personas en el mundo, creadas todas las posibilidades de oferta y demanda de un pluralismo ideológico y comercial, resultan múltiples e impensables tareas para la educación.

Cometidos teóricos. Educar en una sociedad sacudida por costumbres e ideas diferentes de aquellas que hasta ahora habían configurado la moral nacional, determinada hoy por un individualismo radical, donde el principio de la seducción substituye el de la convicción; donde cada sujeto es elevado a absoluto con distancia o indiferencia hacia el prójimo, con la masificación y despersonalización de medios y mensajes; donde el narcisismo y el cinismo mercantiles, por un lado, y la violencia y la falta de solidaridad por el otro, configuran en gran medida la vida pública. El sociólogo G. Lipovetsky ha descrito esta sociedad con los títulos: *La era del vacío* y *El crepúsculo del deber*. Cometido, pues, de ofrecer verdad, crear sentido, engendrar esperanza, suscitar entusiasmo moral y, a partir de eso, el deber, dar energía espiritual para servir el bien social y la justicia.

Cometidos históricos. Educar en una sociedad cada vez más determinada por el pluralismo ideológico, religioso y cultural, fruto del proceso imparable de globalización. Educar para la justicia y la solidaridad, para la convivencia respetuosa y de colaboración, en la que se unen el respeto necesario a los valores e ideales constitutivos de la comunidad nacional y, al mismo tiempo, la integración de los valores complementarios, propios de las minorías. Educar personalmente cuando la televisión y el internet se han convertido en las primeras agencias educativas y casi ninguna institución tiene la valentía de ir más allá del saber técnico o de la estricta información jurídica para ofrecer valores, sentido y esperanza a aquellos que se abren a la vida e integran la sociedad. Cometidos, luego, de compromiso para con la verdad, de aceptación y comprensión del prójimo, de cultivo de la libertad y del respeto recíproco, puesto que nunca la verdad puede ser propuesta en menoscabo o ejerciendo violencia contra los demás.

Cometidos cívicos. Con objeto de alcanzar una formación integral de la persona en el respeto de los principios democráticos de convivencia y de los derechos y libertad fundamentales, la educación abarcará formación e información, técnica y valores, de manera que forje ante todo hombres,

luego ciudadanos y luego profesionales. Estos tres objetivos son sagrados para todas las escuelas, tanto las que pertenecen al Estado como las particulares: *humanidad, ciudadanía, profesión*. Ninguna escuela, nacional o regional, grupo ideológico o religioso, puede excluir o descuidar el servicio de estos tres órdenes de realidad o someterlos a otros fines. La educación debe integrar las dos dimensiones de la persona: la particular, originaria y nacional, y la universal, histórica cosmopolita; lo que la naturaleza lleva consigo, pero sobre todo lo que conllevan y requieren de nosotros la cultura, la ética, la religión, lo humano, la amistad entre los hombres, la fraternidad, los fines y derechos humanos. Cometido, pues, de ciudadanía, de fraternidad convergente, de búsqueda de la dignidad humana con la eliminación de los obstáculos —sociales, económicos, religiosos— que las nieguen o las vuelvan imposibles.

Esta complejidad de la nueva situación histórica, la conflictividad escolar que de ello resulta y la inhibición de las instancias previas, desde la familia al estado, frente a ciertas necesidades y exigencias de la educación, han convertido la profesión de los educadores en una de las que más han sido golpeadas por crisis psicológicas y de desaliento. Los problemas de la escuela son problemas de la familia, de la sociedad, de los gobiernos y de la cultura. *La educación es cometido de toda la sociedad y luego la política educativa es mucho más extensa y compleja que la política escolar*. Sin responsabilidad moral, cambio de actitud y nuevo protagonismo de estas instancias personales y sociales no se resolverán los problemas de la escuela ni se enfrentarán con éxito las tareas de la educación.

Una personalidad tan significativa en el mundo científico cual C. Lévi-Strauss, cercano en su origen a Sartre o Foucault, hoy más en sintonía con R. Aron, P. Ricoeur y E. Lévinas, afirmaba recientemente: «Son los valores de la civilización occidental los que hoy son amenazados». Por cierto, amenazados o descuidados por los occidentales mismos y no sólo por ideas o potencias exteriores.

Estos hechos plantean nuevos desafíos a profesores, educadores y políticos. ¿Cómo educar, cuando no hay una cultura antropológica compartida? ¿Cómo canalizar a las generaciones nuevas, ayudándolos a ser hombres y mujeres con gozo, cuando no se tienen ideas claras y puestas en común hacia las metas de la humanidad, a cuya luz poder discernir lo

verdadero de lo falso, lo justo de lo injusto, lo que dignifica de lo que degrada, en fin, lo humano de lo deshumano? Cultivo y defensa de los derechos humanos, del sentido de ciudadanía, de la dimensión ética, estética y religiosa, realización de proyectos comunes: todo esto es el imperativo moral de nuestro momento histórico. Pero la acción debe ser asistida por la reflexión que investiga las bases antropológicas de la existencia. La paz se instaura donde hay consenso y acuerdos alcanzados, pero también problemas reales enfrentados, convicciones compartidas e ideales. El hombre, todo hombre, está asentado sobre un fundamento sagrado, que debe descubrir, porque procede de más allá del hombre mismo y lleva más allá: Dios.